

## DE LA NATIVIDAD

## DE MARÍA SANTÍSIMA,

Predicado en el convento de la Encarnacion el dia 8 de Setiembre en que profesó una religiosa.

*De qua natus est Jesus. Matthæi cap. i. v. 16.*

**E**l misterioso, silencioso y respetable laconismo con que los evangelistas santos, ó callaron ó refirieron sencillamente las mayores acciones y sucesos de la vida de María madre de Dios, ha dado siempre fecunda materia á los oradores para formar ingeniosos al par que devotos discursos en su alabanza. Pero si en otros misterios de María es preciso ó admirar reverentemente este silencio, ó discurrir sobre las causas de lo poco que dejaron escrito los sagrados historiadores, en el *divino* adorable natividad debemos confesar que digeron cuanto podia dar la mas

ajustada idea de su grandeza. En vano (perdonadme señores, si me tomo la licencia de hablar de esta suerte) en vano se fatigan el dia de hoy los oradores con sùtiles discursos para averiguar curiosamente, porque cuando parecia la ocasion mas oportuna de señalar el tiempo y lugar del nacimiento de María, de hacer mencion de sus dichosos padres, y de los nobles vínculos que la enlazaban con la familia real y sacerdotal, nada de esto espesara el evangelista. Pues cuando hubiera dicho que el año de 4183 de la creacion del mundo, y el 26 del imperio de Octaviano Augusto habia nacido en Nazareth el dia 8 de Setiembre de los novilísimos Joaquin y Ana, descendientes legítimos de patriarcas, profetas y reyes la hermosísima niña María: cuando así se explicara ¿qué hubiera hecho sino elogiar en ella una nobleza heredada de sus ilustres ascendientes? Alabanza en la realidad hueca y poco digna de María. Porque por mas que resuenen en los Genetliacos de los grandes Principes de la tierra los nombres, las glorias y las proezas de sus mayores: ¿qué es todo esto sino una ilustre quimera, y cuando mas un elogio de los ascendientes, que solo deriba en el recién nacido

una nobleza de sangre caduca y terrena de que se sirve la lisonja para formar engañosos pronósticos, que desmientan tal vez las viles acciones de un sucesor? Con razon pues calló el evangelista los nombres de los padres de María, y las circunstancias de su nacimiento para darnos á entender que la gloria de éste no está vinculada á la nobleza heredada de sus padres, sino á otra superior nobleza de alma que tiene su origen en su mismo hijo: *María de qua natus est Jesus*. Ni podía decir más el evangelista para manifestar la soberana prerogativa de este nacimiento, ni á mí me queda libertad para escoger otra materia de su elogio, que esta nobleza de alma con que nace María.

Si en otros asuntos necesita el orador de todas las gracias y violencia del arte para engrandecer su objeto, en este grande por sí mismo, escelso y casi incomprehensible es preciso trabajar para abatir en cierta manera su elevación, y acomodarla á las groseras y limitadas ideas que podemos formarnos de él. Y puesto que no puede el hombre ni entender ni explicar esta nobleza, verdaderamente de un orden divino, sino á proporcion y semejanza de lo humano; ya que en

los nacimientos de los grandes hombres no ha hallado la elocuencia otro rumbo para solemnizarlos que alabar la nobleza del recién nacido, yo acomodándome á esta costumbre para hablarlos hoy, no de una nobleza vana y aparente, sino de otra sólida y verdadera del alma de María, la consideraré bajo de dos respectos: el primero de una nobleza heredada fundada en los dones y escelencias de que la mano poderosa la enriqueció graciosamente como madre de Dios; el segundo de una nobleza adquirida por los relevantes méritos que egercitó María desde su nacimiento; y de una y otra consideracion concluiréis que la nobleza de la alma de María es la verdadera gloria de su natividad. Jesus soberano, si yo en vuestra augusta presencia me atrevo á hablar de este dulce misterio, lo hago con la confianza de que los elogios aunque ruidos de la madre son siempre aceptos y agradables á los hijos. A vos, Señor, debió María su nobleza, sus virtudes son vuestro beneficio, su gloria es toda vuestra; haced pues que de ese Sacramento, fecundo manantial de gracias se difundan á mi espíritu, y á mis labios las que necesito para el elogio de la que nace para madre vuestra y fuente de la gracia. AVE MARIA.

Quando considero el miserable estado á que se halla reducida la alma del hombre en su nacimiento, descubro en él una nota tan oscura de humilde bageza, que á pesar de la dignidad de su ser puede avergonzarse de haber nacido inferior en cierto modo al resto todo de los vivientes. Ni el llanto con que al nacer el hombre dá la primera melancólica señal de que vive, ni la desnudez y la debilidad impotente de sus miembros desarmados, indefensos y casi inútiles, ni el conjunto de miserias y calamidades á que vá á sugetarse dan una idea tan justa de la humana vileza, como la abatida suerte de su espíritu. El bruto mas estólido, el insecto mas vil, la planta mas despreciable comienzan á gozar desde el momento mismo en que nacen de aquella vida que es propia de su ser y de su naturaleza. Pero el hombre, ya sea por la natural dependencia que la alma unida al cuerpo tiene de él para obrar, ya sea por un efecto de la primera culpa, nace privado de aquella noble, racional y espiritual vida que le distingue de los brutos. Mil veces desdichada y digna de llorarse la condicion de la alma en el nacimiento, bastante á confundir nuestro orgullo y nuestra soberbia. ¿Qué un es-

piritu noble semejante á su divino autor en las soberanas facultades de entender y amar se confunda, privado de toda racional accion en la masa tosca y grosera de la carne! ¿Qué no entienda, que no ame, y que aun sin saber de sí mismo no sirva por muchos dias de otra cosa sino de animar un cuerpo que apenas parece poco mas que un tronco, ó algo menos que un bruto! Mejor, si, mejor es para el alma del hombre atendida su natural condicion el dia de la muerte en que desatada de las prisiones del cuerpo comienza á vivir una vida todo espiritual que el dia del nacimiento en que careciendo de esta vida no tiene ni aun el triste consuelo de conocer y de sentir su infeliz situacion: *melius est dies mortis die natiuitatis*. No sufrió Dios tal oprobio en Maria, ni permitió que la que nacia destinada para madre suya, y esposa suya, se hallara aun por un solo instante privada de la noble prerogativa de la razon, ni que ésta, aprisionada con los lazos de la infancia, estuviera vergonzosamente inútil por algun tiempo. Porque el Señor, sin quebrantar las leyes establecidas de la union y dependencia del cuerpo y del espíritu, destinó á esta alma, la mas perfecta de cuantas ha-



bían de salir de sus manos, un cuerpo de estructura tan fina, de partes tan proporcionadas, de órganos tan sutiles y delicados, que, á pesar de su pequeñez, sirviera de instrumento y oficina correspondiente á todas las funciones del espíritu. Quiero decir: nace María y en aquellos mismos momentos en que su tiernecito cuerpo envuelto en humildes pañales se sujeta á los achaques é inacción de la infancia, ya su alma espedita y dotada de superiores luces vuela por los espacios inmensos de los cielos, recorre la vasta estension de la tierra, registra los secretos de la naturaleza, y levantándose á conocer la grandeza de su Hacedor aun no sabe hablar y ya sabe amar y entender la hermosura y bondad de su Dios.

No es esta vana congetura dictada por una indiscreta devoción, sino pensamiento sólido apoyado en la respetable autoridad de doctores sabios y sostenida sobre fundamentos del mayor peso. Cuando no hubiera otro, bastaría para convencernos, que Dios no había de negar á la alma de María el noble privilegio de vivir desde su nacimiento una vida espiritual con el goce anticipado de la razón, y de unas facultades naturales

perfectísimas. Bastara, digo, aquella primicia y escelencia que allá desde la eternidad hizo á María objeto digno de las complacencias de un Dios, y fin de todas sus obras. ¿Qué entendimiento tan sublime, qué voluntad tan recta, qué dones, qué sobrenatural hermosura, y qué perfeccion debían ser los de aquella alma, que un artífice infinitamente sabio y poderoso destinaba en su idea para egemplar á que se habia de conformar él mismo en todas las bellas producciones, no digo ya del orden natural, sino aun del de la gracia? Acaso condenaríais de atrevida la espresion, sino la hubierais oido esta mañana pronunciada por el mismo Dios en el lib. de los Proverbios: *Cum eo eram cuncta componens*. Si señores, esta grande alma presente, y como divinamente delineada en la idea del soberano autor desde el principio de los cielos, presenciaba en un verdadero sentido, y concurría á la formación de cuantas almas grandes habian de señalarse en las virtudes: ó ya haya la mano poderosa de formar collados escelsos de santidad, ó hayan de descubrirse en los oráculos de los profetas abismos profundos de misterios, ó broten del seno de la divinidad en los doctores fuentes perennes de sabiduría, ó se hayan de levantar en los

patriarcas encumbrados montes de esperanza: María es el fin, y en cierto modo la autora y criadora de todo: *Nondum erant abissi, necdum fontes aquarum eruperant, nondum montes gravi molle constituerant:: cum eo eram cuncta componens.* Como el diestro pintor que habiendo de sacar un retrato para el gabinete de un príncipe forma antes en su espíritu la imagen mas perfecta del original, y dirigiendo éste la mano y el pincel ya dibuja una, y ya otra copia, rompiendo estas, y desechando aquellas hasta sacar alguna que desempeñe toda la idea: así Dios en la serie de los siglos formaba grandes almas, las engrandecía con dones, las enriquecía de prerogativas; pero todas no eran sino un diseño en que se ensayaba la mano omnipotente para la formación de María. Sacaba á luz una Estér benigna y agradable; pero habrá de ser aun mayor la benignidad de María: dibujaba su diestra mano una prudente Abigail; pero no igualaba aun esta prudencia á la de María. Una Judith hermosa; pero había de ser mas hermosa María. Formaba una Ruth diligente, una Ana religiosa, una valiente Débora; en una palabra formaba eminentes almas en todo género de virtudes; pero no descubriendo en ellas sino un imperfecto bos-

quejo y un toso borron de María, las desechaba todas hasta dar á luz en la alma de esta Señora la copia perfecta y acabada de aquella idea divina. Incomprehensible es, yo lo confieso, á nuestra limitacion esta nobleza, ni cabe en humanos labios explicar como en la infinita distancia que hay del hombre á Dios pudo una pura criatura ser escogida para compañera del divino poder en la creación de las cosas, y como imagen á cuya semejanza se hubieran de conformar sus obras. Pues así como, para perpetuar su gloria, y para dejar á la posteridad un monumento del lustre y de las hazañas que ennoblecen á los grandes héroes, se valen los hombres de ciertos simbolos y geroglíficos que sirven de blason y escudo de armas de sus familias; así Dios en todas las edades quiso levantar un blason y escudo que manifestara en algun modo aquella sobrenatural nobleza de su Madre que jamas podríamos comprender dignamente. ¿Pero qué blason y qué escudo?

Si á mí, señores, se me preguntara qué cosa es este mundo visible, no dudaría decir que todo él no es mas que un escudo ó blason de la nobilísima alma de María. Porque ¿qué astro resplandece en los cielos, qué flor, qué planta, qué arbol

brotá, nace y crece en los campos y en las selvas? ¿qué riquezas encierran el mar y la tierra en sus senos y en sus entrañas, qué criatura hay en el universo recomendable por cualquier título, que Dios no haya empleado en los libros santos para explicar con ella como con un oportuno símbolo algunas de las perfecciones de María? He dicho poco: para una alma tan noble no eran bastantes geroglíficos las obras todas de la naturaleza. La omnipotencia se reservaba, aun quebrantando las comunes leyes, formar con toda clase de prodigios los espresivos símbolos de la nobilísima escelencia de esta grande alma. ¿Y no habréis reflexado con asombro, y pasmo de vuestro espíritu que no obraba Dios en los siglos anteriores al nacimiento de María maravilla ó portento que no fuera figura y semejanza de alguno de sus privilegios y prerogativas? Si una dichosa arca nada triunfante sobre las aguas del universal diluvio para conservar las reliquias del mundo, ella anunció á María libre del comun contagio que nace para restauradora de su linage: si el Egipto se asombra y se asusta á vista de una vara obradora de milagros, esta vara nos pronosticaba á María instrumento de las maravillas del sumo poder: si la arca del tes-

tamento encierra, entre otros sagrados tesoros, el maná prodigioso que llovía del cielo para sustento de los israelitas, ella no era sino una sombra de María que no solo encierra, sino que distribuye el mas sabroso y divino maná. Mas para que me detengo en cosas al par que grandes comunes y sabidas de todos: las milagrosas columnas que guian al pueblo peregrino, la vara que florece repentinamente, el vellocino de Gedeon, el sagrado propiciatorio; todo era un feliz anuncio del venturoso nacimiento de María: *Nativitatem ejus*, dice el Padre San Ambrosio, *magna quedam series atque miranda divinatorum signorum præcucurrissæ.*

Discurran en hora buena los mayores ingenios elevados y sutiles argumentos para manifestar esta escelencia; invente la elocuencia brillantes imágenes; válgase de comparaciones hermosas; use de las mas vivas figuras que cuando estas parezcan haber tocado en los términos de hipérbolo, siempre quedarán inferiores á la nobleza de aquella alma que no tiene otra medida que el poder de Dios. Yo, señores, de intento he escogido este sencillo rumbo de dárosla á conocer por sombras, y como cubierta con un velo sagrado, sin atreverme aun á tocar ligeramente aquel



tesoro, ni pretender con conatos inútiles daros alguna idea de cual fuese, y cuanta aquella gracia con que la enriqueció Dios en su nacimiento. Pensaba tal vez en acercarme reverentemente á tomar algunas medidas á esta agigantada, inmensurable santidad que hizo todo el fondo de la nobleza de la alma de María, y para esto meditando á mis solas lo que habia leído en los padres y doctores solo sirvieron mis conceptos para concluir que el que mas ha entendido de la gracia de María solo ha sabido que ignora lo que fué, y cuanta fué. Subia hasta lo mas alto del cielo, y me abatia hasta lo mas profundo del abismo, y oia al gran Padre San Agustin que me decia: que la alteza y profundidad de esta gracia escede á los cielos y al abismo: contemplaba la santidad de los querubines y serafines, y aprendia de los santos padres Efen, Damian y Gregorio que la santidad de María se aventajaba á todos los espíritus celestiales: ponía la consideracion en el conjunto de los santos todos, ángeles y hombres, y hallaba que afirman casi uniformes los doctores Marianos que tuvo mas gracia en su nacimiento que cuanta tuvieron, tienen, y tendrán en algun tiempo todos los justos de tierra y cielo. Tomé al fin la regla sin medida del poder

divino y oi á los grandes doctores Tomas y Buenaventura que el omnipotente, que lo puede todo, no puede hacer Madre mayor ni mas santa que María. Absorto al meditar estas doctrinas, y fuera de mí por la admiracion á la manera del que observando desde una roca la vasta estension y profundidad del mar que no pudiendo ni medir, ni sondearle, le mira una y muchas veces, y al fin esclama ¡qué vasto, y qué profundo es el oceano! yo desde el abatimiento de mi miseria exclamaba ¡qué grande, qué soberana, qué incomprendible es la nobleza de alma de que Dios dotó á María en su nacimiento!

Convendréis ya, señores, conmigo en que esta nobleza que por un puro titulo de herencia convenia á María, como madre del mismo Dios, fué el principal distintivo de su nacimiento. Pero tambien debeis confesar que para mayor gloria de su Madre quiso el Señor que ella se debiera en parte á sus méritos, de suerte que no fuera María menos grande por la nobleza heredada, que por la adquirida con sus virtudes. ¿Mas qué hago yo sino pasar de un abismo á otro abismo insondable: del abismo de la gracia y los dones de María al abismo de sus merecimientos, de lo que Dios obró en su alma á lo que su

alma obró por Dios desde su nacimiento? Y quien no ve que distando tanto las virtudes de Maria de las del resto de los santos, quanto esceden las obras de la madre natural de Dios á las operaciones de los hijos adoptivos del mismo, no hay espresiones ni language de que poder usar para el elogio de aquellas, quando apenas tenemos ideas de las comunes virtudes de los santos. Fé viva de los misterios, sólida esperanza, ardiente amor de Dios, prudencia, fortaleza, pureza, humildad, vigilancia, y todas las virtudes son en Maria de un orden tan superior, de una calidad tan sublime, y sobre eminentes á las de los otros justos, que solo pueden esplicarse con aquella valiente espresion del gran Padre San Gregorio: Maria con sus méritos adquirió una nobleza de tan alto grado, que solo tiene semejanza con aquella grandeza que caracteriza al mismo Dios: *Meritum verticem usque ad solium deitatis everxit*. Dichoso yo si para gloria de Maria acertara á descifrarlo lo que encierra este elevado pensamiento, pero si no lo consiguere vuestra instruccion y vuestra piedad suplirá lo que faltare á mi discurso.

Es Dios un ser nobilísimo, infinito que, gozando de quantas perfecciones se hallan en las criaturas sin mezcla alguna

de imperfeccion, tiene por su propio y distintivo caracter unir en sí con admirable enlace aquellas soberanas escelencias y prerogativas, que parecen opuestas ó irreconciliables, ó efectivamente lo son en la limitada participacion de nuestro ser. El es infinitamente justo y severo, no menos que dulce, manso y misericordioso: él lo puede todo, y no puede hacer mal, es el mas antiguo de los dias, y su ser es siempre nuevo: perfectamente libre en sus determinaciones, y firmemente inmóvil en lo que resuelve: está en todo lugar, y ningun lugar le contiene: su independencia es suma, y su comunicabilidad sin limites: su luz es inaccesible, y su claridad brilla por todas partes: es terriblemente magestuoso, y es hermosísimamente amable: es uno, y es todas las cosas. De este oceano inmenso de perfecciones salen como pequeños rios las escelencias de los santos que, siendo por la gracia hijos de Dios, y dioses por participacion, tienen en cada una de sus virtudes una semejanza del divino ser. Pero como el limitado seno de nuestro espíritu es muy estrecho vaso para el inmenso caudal de todas las virtudes, como estas en su práctica y egercicio demandan circunstancias diferentes y muchas veces opues-



tas; jamas el hombre llega á poseerlas todas en un grado escelente. Las solicitudes laboriosas de la vida activa de Marta no se conforman con el retiro y dulce abstraccion de la contemplativa de Maria; distan mucho los transportes fogosos del zelo de Elias del suave sufrimiento del manso Moyses; y en el cielo de la iglesia, como enseña divinamente el Apostol Pablo, todos los astros tienen su particular claridad sin que las activas luces del sol gozen del brillo hermoso de las estrellas, ni de los apacibles reflexos de la luna. De aquí es aquella diferencia y semejanza de caracteres que distinguen á unos santos de otros, y á una de las otras gerarquias. Apóstoles, Profetas, Mártires, Virgenes son santos con una limitada santidad de hombres sin que la grandeza de uno abrace á la de todos. A Maria solo se reservaba ser santa como madre de Dios, y tener de tal suerte todas las virtudes, aun las que parecen opuestas, en un grado tan escelente y semejante del modo inefable con que Dios posee todas las perfecciones que se señalan con un caracter el mas semejante á la divinidad: *Meritorum verticem usque ad solium deitatis exerxit*. Sabiduria universal y sublime con la simplicidad mas sencilla, incontrastable

firmeza de esperanza con toda la vigilancia del temor, viveza, solicitud, ardor y transportes del amor mas impetuoso con la pureza, serenidad y desinterés de la caridad mas sólida, inocencia purísima acompañada de la penitencia mas sangrienta; zelo y dulzura, movimiento y retiro, oracion y accion; unidos los caracteres de patriarca y de profeta, de martir y de ángel, gloria de madres é integridad de virgenes, criatura pura esclava del Señor, y madre de Dios que alimenta á su criador; tierna infanta recién nacida que yace en una cuna, y al mismo tiempo reina de la gloria Cielos, tierra, ángeles, hombres pasmasos y ayudadme á tributar humildes veneraciones á esta alma á quien no alcanzamos á elogiar. Señores, yo, como si me hubieran transportado á una region desconocida, ni entiendo lo que digo, ni puedo decir lo que confusamente entiendo: no hay en Maria instante sin virtud, no hay en cada instante virtud que no sea suma y eminente, y como en Dios todas las perfecciones son una misma, Maria egercita sin intermision las virtudes todas, que parece que en ella no hay diferencia entre amar y esperar, entre la confianza y el temor, entre la humildad y la magnanimidad, entre la quie-

tud del sueño y el desvelo de la vigilia, entre las mas ligeras respiraciones y los mas insignes merecimientos. Y que ¿necesifó Maria para esto el discurso del tiempo, é ir subiendo de grado en grado como los demas santos á la cumbre de la virtud? Crecia sí, y crecia por instantes á una agigantada grandeza; pero sus aumentos no conocieron pequeñez: desde que nace, nace como cedro que se levanta á las alturas del Libano, como palma fecunda de Cades, ó como cipres que hermosea con la frondosidad de sus ramas las frescas espesuras de Sion. Direlo en breve: Maria desde que nace es cuanto os he dicho, y cuanto yo no alcanzo á decirlo. ¡Quién hubiera podido registrar aquellos altísimos misterios que en el instante mismo de su nacimiento se obraron en la alma de Maria cubiertos con el velo de su tiernecito pequeño cuerpo! ¡Oh y qué ageno y cuán ignorado estaba el mundo en el venturoso dia 8 de setiembre de que en la oscura y desconocida casa de Joaquin y Ana se manifestaban en aquel mismo dia las dichas primicias de su redencion; y que la pobre cuna de la recién nacida Maria era el hermoso oriente en que rayaba la aurora despues de la horrorosa noche de tantos siglos! Lo ignoraba el mun-

do; pero no se ocultaba al cielo no menos interesado que la tierra en este feliz nacimiento. Descendian en aquel dichoso punto del cielo hasta la humilde recámara de Ana en lucidas numerosas tropas desde los serafines mas excelsos hasta los ángeles mas inferiores, y rodeando reverentemente la cuna, postrados con humildad delante de Maria se preguntaban unos á otros: *¿quæ est ista que progreditur?* ¿Quién es esta niña incomparable que naciendo en cuerpo mortal y terreno con toda la debilidad penosa de la infancia une allá en su alma lo mas heróico del mérito y de la virtud? ¿qué amor el suyo tan puro y tan ardiente ácia Dios que brilla y abraza á manera de un sol en la mitad del dia, qué humildad, qué perfecto sacrificio de todas sus potencias al Altísimo, qué conformidad y obediencia á su voluntad aun en sus mas pequeños movimientos como otra luna sujeta en sus aspectos á las luces del sol? ¿Qué número y qué hermosura de virtudes que resplandecen como otras tantas estrellas del firmamento, ellas parecen un ordenado formidable egército que llenando de terror á los infernales espíritus los ha puesto en una vergonzosa fuga! Alma que une tan diferentes caracteres, alma en quien se enlaza todo lo

grande de la santidad, alma tan singularmente señalada con el sello de Dios ó es Dios, ó madre del mismo Dios: *¿Quæ est ista que progreditur? quasi aurora consurgens, pulchra ut luna, electa ut sol, terribilis ut castrorum acies ordinata.* Humildes y desaliñadas paredes de la casa de Nazareth: mejor diré, magníficos y ricos muros de la casa de Loreto, digna envidia del mismo cielo, vosotros fuisteis testigos de la solemnidad de los humildes cultos con que toda la corte celestial celebraba el nacimiento de su Reyna. Día verdaderamente grande para el cielo, afortunado para la tierra; pero día de oprobrio, de vergüenza y de confusion para los mundanos. A la verdad si la nobleza de los mayores es ignominia é infamia para los hijos que la desmienten y oscurecen con la ruin bajeza de sus acciones; la nobleza de María en su nacimiento es un padron vergonzoso de eterna deshonra para la mayor parte de los cristianos. Porque ¿de qué sirve lisonjearnos con el título de hijos de María, y que la invoquen nuestros labios con el dulce nombre de madre, cuando vivimos de manera que ó nos avergonzamos de ser sus hijos, ó damos á entender que nos pesa que ella sea nuestra madre? Na-

ce María en una cuna pobre y despreciable, destinada á una vida oscura cuya serie es un tejido de abatimientos, de pobreza, de crueles mortificaciones y de amargos dolores. Si este destino es glorioso, si es el objeto de nuestros cultos y veneraciones, si la madre del gran Dios no tuvo otro sobre la tierra ¿qué significa este continuo anhelar por las riquezas, esa vida regalada y placentera en que hemos colocado nuestra felicidad? O imaginamos impiamente que Dios se portó como cruel hijo con su madre, ó temerariamente discurrimos que Dios ha abierto para nosotros un nuevo camino para el cielo. Diversiones mundanas en que no se respira sino un ayre contagioso de disolucion, en que no agradan sino los incentivos de la torpeza, profanidad, lascivia de nuestros usos, orgullo y soberbia, vanidad de los nobles del siglo: María os condena desde sus cunas; y por mas que nosotros queramos concordar la severa religion de Jesucristo con la delicadeza de nuestras pasiones, el nacimiento de María (tiemblo al decirlo ¿pero como podré callarlo)? el nacimiento de María es un funesto pronóstico de nuestra eterna condenacion.

Si yo no temiera, vírgenes religiosas,



perturbar vuestros sólidos regocijos con mis tristes y melancólicas amenazas, vuestra profesión y amor á María sería ahora la materia mas propia para dar á conocer que no puede consolarse con el título de hijo de esta Señora, quien no procura imitar la vida que practicó desde sus primeras respiraciones: gloríais vosotras en el Señor que renunciando la engañosa felicidad del siglo, aspirais con las mortificaciones y asperezas de la religion á adquirir aquella nobleza de alma que caracterizó á María en su natividad. Gloríais de que señaladas con el renombre de la Encarnacion del hijo de Dios le desempeñais celebrando el nacimiento de la que debió á ser su Madre toda su grandeza.

Y vos, señora, que comenzais hoy el mas heróico sacrificio, y que de un solo golpe vais á cortar los amables vínculos de la sangre, los dulces atractivos del placer, y las risueñas esperanzas de la fortuna no podíais haber escogido mas propio para morir al siglo que el día en que hacemos recuerdo de que María nace al mundo. Cruces os esperan en esa region de virtud, penosas y crueles sendas sembradas de agudas espinas en que vereis estampadas y aun frescas las sangrientas huellas de las os precedieron. Vuestra he-

rencia ha de ser la pobreza, vuestros placeres el retiro y la mortificación, vuestra vida una abnegacion tan perfecta de vos misma que sujetando á arbitrio ageno vuestro entendimiento, y vuestra voluntad ya no sois dueña ni de vuestra propia alma. Pero aliento: que si esa es la suerte de las esposas de Jesucristo, este fué tambien el destino de su verdadera natural Madre: aliento, vuelvo á decir, que esa pobreza, esa mortificación y ese retiro son el verdadero vínculo de aquella nobleza del alma que ella sola encierra los gozos mas puros, la mas segura libertad, y una riqueza que no se acaba. Ofreced, pues, al Señor y á su Madre, unidas con vuestro generoso sacrificio, las oraciones humildes con que celebramos el nacimiento que anuncia al mundo el mayor gozo; presentadle vos con vuestras castas manos nuestros homenajes y nuestros tributos á la que naciendo reyna de cielos y tierra, destinada para madre de Dios y de los hombres, es nuestra vida y nuestra esperanza, nuestro dulce refugio y nuestra poderosa intercesora para alcanzar la gloria.

SERMON  
DE LA ASUNCION  
DE MARÍA SANTÍSIMA.

Predicado en la catedral  
de Méjico.

*Maria optimam partem elegit.* Luc. c. 10.

No podía darnos la iglesia santa una idea ni mas sucinta, ni mas elevada del grande misterio de este dia que la que encierra la cláusula que habéis oido del santo evangelio en la que Jesucristo canonizó la conducta de Magdalena, y que la misma iglesia aplica al glorioso triunfo de la madre de Dios. Mientras que Marta activa y solícita se ocupaba en los ministerios del hospedage de Jesucristo, Maria sentada á los pies del Señor en el silencio de una aparente inacción merece oír de la boca del divino huésped el elogio de que supo elegir un partido, no solo ventajoso, sino óptimo: *Maria optimam partem elegit.* Elogio verdaderamente magnífico que

si explica las ventajas de la vida contemplativa de Magdalena sobre la activa de su hermana Marta, se pudo justamente aplicar para dar á entender el incomparable exceso de los méritos y de la gloria que Maria Santísima adquirió sobre el resto todo de los santos en una vida oscura pasada en el centro de la humillacion y del dolor, y privada de los honores que se debian á su alta dignidad. Si el impio Bucero hubiera buscado el misterioso sentido de esta cláusula en la doctrina de los padres: si él y los demas ignorantes al par que atrevidos discípulos de Lutero hubieran oido antes la voz sensible de la tradicion y de la iglesia que el fantasma de aquella misteriosa voz con que hablan la incredulidad y la soberbia; ni hubieran despreciado esta solemnidad, ni censurarian como violenta la aplicacion que hizo á ella la iglesia del presente evangelio. Pero, sin detenernos ahora en rebatir unos delirios indignos aun de la memoria, unamos nuestro espíritu al de la iglesia para contemplar y aplaudir la *optima parte* que escogió en este dia la augusta Madre del Señor.

Su santa muerte y su imponderable gloria fueron desde los primeros siglos del cristianismo los objetos de una solemnidad,

que los fieles apellidaban con los nombres del sueño, del tránsito, de la Asuncion y de la coronacion de María. Mas no imaginéis que yo en esta mañana pretenda sondear aquel abismo profundo de felicidad, ni entrar á registrar aquel santuario de gloria á donde solo puede penetrar el Altísimo. Porque ¿qué podría discurrir aun el entendimiento mas elevado en un punto que pareció al glorioso Bernardo tan superior á toda comprehension, que le obligó á esclamar: ¡Quién podrá entender la generacion de un Dios hombre, ni la Asuncion de su madre María! Por tanto yo he pensado valirme del ingenioso arbitrio que usan los pintores que, no pudiendo trasladar al lienzo ni la distancia, ni los tamaños de un grande edificio, se sirven de unas oscuras sombras y de tales lejos que con una artificiosa apariencia nos presentan los objetos abultados y distantes: pienso, digo, representaros la inmensa gloria de María por entre las sombras de su muerte. Quiero decir, que el mayor argumento de la *optima* muerte que escogió María en la vida unitiva, es la *optima* parte que eligió en su temporal muerte. La muerte, señores, ese formidable término de nuestro ser y miseria humana en lo natural: la muerte, triste reliquia del

pecado, y monumento infame de nuestra primera desdicha, fue para María, no solo por ser tránsito á la gloria, sino aun considerada en sí misma, una *optima* suerte. Sujetóse heroicamente la Madre de Dios á morir como los infelices hijos de Adán y esta eleccion hizo que fuera en ella una *optima* parte de su grandeza la que en los demas hombres es pésima y última suerte de su miseria: *Maria optimam partem elegit*. Esto es lo que pretendo demostraros para que de aqui podáis colegir la escelencia de su *optima* gloria. Virgen immaculada, si yo por un camino al parecer extraño pretendo elogiar vuestra Asuncion gloriosa, sé muy bien que ningun elogio es exorbitante cuando sobre las huellas de la iglesia se emprenden nuevos rumbos para descubrir vuestros privilegios, que no tienen otra medida que la sabiduría y el poder del que os ama como que es vuestro hijo y vuestro Dios. Dirigid, pues, Señora un discurso consagrado á la grandeza de aquellos últimos instantes en que consumasteis la gracia de que estuvisteis llena desde el primero de vuestro purísimo ser. Así os lo pido humildemente saludándoos con el arcángel. AVE MARIA.

Todo hombre muere, y muere por una triste pero inevitable necesidad de su



fragil naturaleza. El mismo vil polvo que cubre la fresada y el grosero sayal consume los cetros y las púrpuras siendo la nada, á que en cada instante nos precipitamos, una funesta consecuencia de la limitacion de nuestro ser. Soberanos, árbitros de la suerte de los pueblos, príncipes poderosos, políticos diestros, deidades del siglo morireis como los demas hombres; y el polvo, la corrupcion, la nada, que necesariamente sereis en algun tiempo, es el argumento mas sensible de lo poco que desde ahora sois. ¿Luego aquella incomparable muger, luego aquella sacrosanta Virgen que aunque debió á la tierra su origen fue exaltada á un órden divino y á una infinita dignidad estaria exenta de la muerte? El padre S. Epifanio con otros antiguos doctores sin dar una respuesta positiva á esta pregunta esplicaron claramente su incertidumbre no atreviéndose á decidir si Maria habia muerto, ó si habia vivido una vida inmortal. Y aunque esta duda no debe debilitar la firme universal creencia con que apoyados en la tradicion confesamos que Maria Santisima murió; despues de todo prueba que en concepto de aquellos padres no se acordaban las ideas de madre de un Dios infinito con la baxeza de la muerte. Mas como (esclama absorto el

P. S. Juan Damasceno en una de sus eloquentes oraciones sobre este misterio) ¿cómo pudo sujetarse á la muerte la que dió á luz la verdadera vida de todos? ¿cómo aquel animado incorruptible cielo puó padecer un mortal eclipse, anegarse en el comun diluvio la mejor arca, y esperar la mayor miseria de la naturaleza aquella para cuyo honor se quebrantaron sus mas comunes leyes? *Ex qua enim omnibus vita manavit ¿quomodo illa mortem gustaret?* La solucion que el mismo devoto santo Padre dió á esta dificultad es el fondo todo de mi discurso. Maria aunque digna por la prerogativa de madre de Dios del privilegio de la inmortalidad, se sujetó voluntariamente á la ley de la muerte, y á semejanza de Jesucristo eligió morir como aquel Señor que, siendo inmortal por su naturaleza, murió solamente porque quiso: *Sed cedit legi lætæ ab eo quem genuit; nam et ejus filius qui vita ipsa est eam non recusavit.* Y veis aqui el primer escelente titulo por donde se califica de optima la muerte de Maria aun considerada en sí misma. Morir por necesidad es en lo natural el último término de la miseria; morir por eleccion es el mas alto grado de la heroicidad y la virtud. Cuando yo considero el empeño con

que los hombres á toda costa y sin perdonar arbitrio alguno han procurado que vivan inmortales en la memoria de la posteridad los que han muerto gloriosamente por la patria; cuando contemplo que el mismo Dios señala por la última prueba del amor de sus fieles amadores el sacrificio de su vida: no puedo menos que reflexionar conmigo mismo ¿y qué es en suma lo que hicieron aquellas almas grandes y estos heroes de la religion? nada mas que dar una vida que necesariamente habian de perder; anticipar sus términos por algunos dias y estos inciertos, y, en una palabra, sacrificar la esperanza dudosa de vivir algun breve tiempo. Y si este sacrificio merece justamente el elogio del mas árduo y heroico en el concepto de los hombres, y en el aprecio del mismo Dios, ¿qué nombre daríamos á la resolucion de quien teniendo en su arbitrio el goze de la inmortalidad se sujetara á perder una vida, no ya percedera é incierta, sino estable y segura?

Sacrificio imponderable, prueba de la santidad mas elevada que despues del hijo de Dios se reservaba á su santísima Madre. Mortal por la condicion de su naturaleza podía gozar escepciones sobre la muerte por la dignidad infinita de Madre

de un Dios inmortal; pero prefirió á este illustre privilegio la humilde semejanza de su hijo. La muerte, que con pesada planta igualmente pisa y derriba las firmes torres de los palacios reales que los débiles techos de las chozas humildes, tímida y llena de respeto se detuvo á los umbrales de la habitacion de María, y (permitidme usar de la valiente y noble espresion del Damasceno) huyó acobardada de la presencia de una muger, que con la magnanimidad mas noble la busca, la solicita y se abraza con ella: *Ipsius enim aspectum mors quoque pertimuit: ac sine metu ad eam illa accedit que ipsius profligatorem pepererat.* En efecto, señores, con una resolucion no menos heroica que humilde eligió morir la que es fuente de toda vida; pero de un modo tan singular que le fué la muerte mas gloriosa que la misma inmortalidad.

En toda clase de vivientes es la muerte un desorden de la disposicion de las partes, ó una alteracion de los humores que corrompe la deleznable fábrica de sus cuerpos. Por eso decia el santo apóstol de las gentes: yo cada dia muero; porque en cada instante se gastan y consumen con el uso mismo de vivir los instrumentos de la vida. Ni es esta otra cosa, como se

lamentaba el Padre San Gregorio, que una continuada y prolija muerte: *Ipsæ enim quotidianus defectus corruptionis et quid est aliud quam quedam prolixitas mortis?* Pero si quereis concebir qual fué la muerte de María, apartad de vuestra imaginacion todas esas ideas de espanto y de horror que estan como vinculadas al nombre de muerte. La adorable Madre de Dios no muere (enseñan San Bernardo y el gran Alberto), ni á la violencia del dolor, ni por la corrupcion del cuerpo; muere sí por la excelente egercicio de la alma, por la vehemencia del amor. Seria necesario, señores, que en mi lugar os hablara un serafin sabio en el idioma del amor, y que conduciéndoos al lugar venturoso en que María duerme tranquilamente el sueño del Señor os diera á entender este nuevo género de muerte, este transporte amoroso que, sin alterar ni cotromper el cuerpo, rompe los lazos con que estaba unido el espíritu. Un amor ardiente, tierno, sólido, purísimo, perfecto desde el instante primero de su Concepcion, aumentado con indecibles ventajas en cada uno de los momentos de setenta y mas años de vida arrebatada violentamente aquel abrasado espíritu á su Dios, é imprimiéndole un dulce, pero impetuoso y rápido movimien-

to ácia el cielo le arranca por último de su terrena habitacion. Dulcísimos amorsos deliquios, transportes violentos, éxtasis y ardores divinos que tal vez levantasteis á pesar de su natural gravedad los cuerpos de las personas santas por los aires; que los habeis consumido, y hecho caer en mortales desmayos; por mas que esciteis nuestras admiraciones, no podeis ser ni aun sombra imperfecta del amor de María: de aquel amor que si en otras circunstancias se asemejaba, en estas es con verdad la misma muerte: *fortis est ut mors dilectio*. Perdonadme, señores, que yo no me empeñe en explicar lo que no entiendo, ni es capaz de entender alguna creada inteligençia; pero inferid de aquí que, quando todos los demas mueren por la miserable corrupcion de un cuerpo que se acaba, María Santísima muere por la excelencia de su amante espíritu. ¿Y habrá quien estrañe que el elocuente Damasceno estudiando nombres para explicar este divino tránsito sin atreverse á llamarle muerte, al fin inventé unos epitetos que en su misma contradiccion dan bien á entender la inefable dignidad de su obgeto? Muere María (dice este Padre transportado en la contemplacion de tan gran misterio) si acaso puede darse este nombre á un aca-



bamiento vital. Muere y no sé cómo me atreva á decir que este tesoro de la vida se encubre con una nueva muerte, que la ánima y la vivifica. Llámese en hora buena muerte, pero muerte que no indujo la necesidad sino la elección; muerte que es una consecuencia, no de la miseria del cuerpo corruptible, sino de la excelencia de una alma purísima: muerte mas gloriosa que la inmortalidad misma cuanto es mayor gloria ceder heroicamente que usar de un extraordinario privilegio. En una palabra muerte que merece llamarse la optima parte de María: *María optimam partem elegit.*

Así parece que debiera concluirse, atendidas todas las calidades que eximen el tránsito de la Virgen santa de la común miseria, á no hallarse en la muerte cierta nota de infamia verdaderamente indeleble. El hombre (se dice en un hermoso pasage de San Gregorio) fué dotado en el principio de los tiempos por su Criador de una vida tan imperturbable y constante que en la mudanza de los siglos ni el mudará, ni se avecindará al fin de sus días. Pero luego que por su desobediencia perdió la original justicia, perdió con ella el dote de su inmortalidad, que á no haber sido infiel hubiera pasado á sus

descendientes. No es la muerte hechura de aquella mano toda amorosa; sino una pena vinculada á la culpa, y como el primero tristísimo efecto del pecado que abrió la puerta á este monstruo horrible: *In quamque die concederis ex eo morte morieris: per peccatum mors.* Verdad es esta tan irrefragable y universal que si el Unigénito del Padre Dios quiso sujetarse á morir, lo hizo en calidad de fiador nuestro cargando sobre sí nuestras culpas, y dignándose llevar la semejanza de pecador: *qui peccatum non noverat pro nobis peccatum fecit.* ¿Y qué aquel Dios amantísimo que para libertar á su Madre de la culpa comun establece para ella sola un nuevo orden de providencia: que para eximirle de la pena que impuso por el pecado á la muger primera de, parir á costa de dolores deroga las leyes de la naturaleza, que no permite en ella ni aun ligera sombra de delito, sufrirá que lleve sobre sí la nota de la infamia del linage de Adán y la marca de pecador? Nada menos, señores; porque (¡ó designios admirables de un Dios empeñado en honrar á su Madre!) por un rumbo enteramente contrario la muerte que infama á los hijos todos de Adán, ennoblece á María, siendo en ella un relevante mérito lo que para nosotros es un

justo castigo. Bien sabeis que en comun sentir de los padres y doctores de la iglesia en la obra de la redencion manifestó Dios de un modo extraordinario su sabiduria, valiéndose para exaltar y redimir á nuestra naturaleza de unos instrumentos semejantes á los que habian concurrido á nuestra pérdida. Por una muger empezó nuestra ruina, y en otra tuvo principio nuestra exaltacion; un hombre introdujo el pecado y la muerte, y otro hombre abrió las puertas á la gracia y la vida. En un árbol encontramos el mortal veneno, y en otro árbol hallamos el saludable antidoto. Con el mismo adorable designio nuestro amoroso padre Dios al ver infamado el humano linage con el vil reato de la mortalidad, no contento con haber triunfado de la muerte con la muerte de su unigénito, quiso que una pura criatura (para confusion de Lucifer y para gloria suya) lavara muriendo aquel universal borron.

A la verdad, señores, si cabe consuelo en la suma infelicidad, yo he llegado á pensar que el demonio quando vió malogrados con la redencion los frutos de aquella funesta victoria que logró en el paraíso, se consolaba, lisongeando su orgullo, al considerar que aun libres los

hombres y redimidos de la culpa, eran esclavos de la muerte. A la manera de aquellos generales que, volviendo rechazados de una plaza que no pudieron rendir á sus armas, se satisfacen con talar todos los campos, destruir los ganados é incendiar los lugares vecinos dejando en ellos unas tristes reliquias de su furor; así el demonio se consolaba desvanecido al ver que, aun despues de destruido su imperio, quedaba el mundo reducido y sujeto al polvo por el primer pecado. Correría los siglos todos, y dando vuelta á la tierra y fijando los ojos, no ya en los soberbios sepulcros de hombres pecadores, sino en los adorables de los mayores santos hallaria en cada uno levantado un padron infame para perpetua memoria de nuestra primera esclavitud, y escrito en él con el mismo polvo el melancólico epigrafe: *per peccatum mors*. Como si digera: este polvo, esta corrupcion ha de ser hasta el fin un trofeo de mi antigua victoria. Mas ó y como se llenaria de un mortal despecho, confundido y avergonzado, quando acercándose al sepulcro de Maria ve una muger muerta, no por la culpa sino por el imponderable mérito de su voluntaria sujecion: una hija de Adan que acaba sus dias, no por el reato de la desobediencia

del padre comun, sino por imitar la obediencia de su hijo Dios, cuando ve una muerte, no ya padron infame, sino glorioso monumento en donde en lugar de aquella sentencia *per peccatum mors*, está escrito con letras de oro el epiteto con que ensalza S. Juan Damasceno la muerte de María: *Fons resurrectionis*. Fuente pura de resurreccion. ¡O qué antitesis este de tan grande gloria para Dios, tan honroso para María y tan triste para Lucifer! La muerte, que no tuvo otra puerta para entrar al mundo que la melancólica de la culpa, entra ahora festiva y alegre por la de la gracia y del mérito: el instrumento de nuestra deshonra se ha convertido en materia de honor, y (no me atreviera á proferirlo sino autorizado de un grande padre) no solo se ennoblece María muriendo, sino que honra y glorifica á la misma muerte: *Mors que execrationi et odio olim erat, commendatur et Beata predicatur*. Ya no es mucho que siendo la muerte para todos los hombres castigo de la culpa, fuese respetco de María una excelente gloria la recompensa de haber elegido una muerte optima: *María optiam partem elegit*. ¿Pero qué gloria? Esto es, señores, lo que os protestaba desde el principio que debía celebrarse mas

que con las palabras con respetuoso silencio.

Yo bien sé que si para describíros el glorioso triunfo con que María sube á los cielos me valiera de los asuntos en que puede el orador cristiano dejarse arrebatado de un entusiasmo poético; y aun cuando estendiera el discurso por la vasta esfera de lo posible, hallaría sólido apoyo en la Escritura y en los padres. Si para pintaros la hermosa ostentacion con que hoy triunfa la Madre de Dios fuera á buscar agradables semejanzas en los albores de la aurora, en los apacibles reflejos de la luna ó en los resplandores de todo un sol; no haría mas que hablar el mismo language con que se esplicaban los ángeles absortos y fuera de sí en este dia. *¿Que est ista que progreditur quasi aurora consurgens pulchra ut luna electa ut sol?* Si os pusiera á la vista un lucido egército formado de todos los diferentes escuadrones de ángeles, de vírgenes, de mártires y de cuantos habitan la venturosa Jerusalem ricamente adornados, ceñidos de inmarcesibles inmortales laureles, ostentando en sus manos las hermosas insignias de sus distintos órdenes; si despues de esta illustre tropa os representara un triunfal carro formado no de vistosas nubes, sino de los



mas encumbrados espíritus, de profetas iluminados, de los fidelísimos patriarcas, de los celosos apóstoles, de invictos mártires, de vírgenes puras, de los santos todos sirviendo de escabel á la Madre de Dios, que con la magestad mas dulce sube sostenida en la diestra de su divino hijo Dios; no sería esto sino traducir fielmente las preguntas que estáticos los ángeles se hacían unos á otros: *¿Quæ est ista, quæ ascendit de deserto iunxit super dilectum suum?* Yo os podría decir con San Pedro Damiano que la pompa de esta asunción fué mayor (prescindiendo de la divinidad) que la de la Ascension del Señor. Y por último si subiera con la consideracion hasta el mismo Empíreo, allá donde María á vista de toda la corte celestial con un comercio íntimo é inesplicable trasformada en Dios y en cierto modo divinizada, entra en un inagotable océano de gloria, no dudaría decir, con el grande Agustin, que levantada hasta el trono de Dios ocupa un lugar tan inmediato á él que parece como él mismo: *Non enim fas est alibi te esse quam ubi est, qui à te genitus est.* Pero todas estas espresiones serían mas que conatos inútiles de quien,

queriendo registrar con débiles ojos el brillo de una luz infinita, mientras mas se esfuerza para ver tanto mas se ciega?

Convenid pues, señores, en que no sin grave fundamento he prometido yo en esta mañana que solo entreveais la gloria de María, valiéndoos del velo y las sombras de su óptima muerte. Porque, ¿cuál será la vida inmortal de aquella Vírgen cuya muerte temporal fué tan gloriosa? Si lo que es para todos la mayor miseria en lo natural y una nota de infamia, fué un golpe de heroicidad inesplicable y efecto de la esclencia de su alma, ¿qué será respecto de esta misma Señora la suerte que es en los demas suma felicidad? Digámoslo en breve: si la parte pésima de nuestra vida fué óptima en María: *Maria optimam partem elegit:* la que es óptima para todos no tiene cuando se habla de la Reyna del cielo en idioma usado nombre superlativo con que esplicarse. Yo para reducirlo todo á una cláusula, no hallo mas que aplicarle á la madre Vírgen la soberana doctrina con que predicaba el Apóstol de las gentes la gloria de su hijo Jesucristo: *factus est obediens usque ad mortem;*

propter quod Deus exaltavit illum et dedit illi nomen quod est super omne nomen. María escogió por una obediencia voluntaria la muerte, y por eso fué exaltada á una óptima gloria.

## SERMON

## DE SAN MIGUEL,

Predicado en el convento de religiosas de la Encarnacion de Méjico.

*Angeli eorum semper vident faciem Patris mei qui in Calis est. Matthæi cap. 18. v. 10.*

No es la condicion de los infelices hijos de Adan, sugetos á sufrir un penoso destierro léjos de la celestial patria, tan miserable y dura que en el tiempo mismo de su triste peregrinacion no mantenga un comercio intimo con el cielo. El Señor que por un efecto de su infinito amor los crió para que le gozaran en aquella mansion de delicias, quiso en fuerza del mismo amor que los soberanos espíritus, que habian de ser algun dia sus compañeros en el cielo, fueran desde la tierra sus fieles custodios y sus tutores. Admirémos con razon la correspondencia y armonía que el Supremo Hacedor estableció entre la tierra y el